

HOMILÍA DEL CARDENAL FERNANDO VÉRGEZ ALZAGA,
CON OCASIÓN DE LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS
POR LA BEATIFICACIÓN DEL CARDENAL EDUARDO FRANCISCO PIRONIO.
MAR DEL PLATA, 19 DE NOVIEMBRE DE 2023

Queridos hermanos y hermanas de esta *Iglesia Particular de Mar del Plata que yo pido y anuncio como "Iglesia de la Pascua"*. Son palabras del nuevo Beato cuando iniciaba su ministerio episcopal en esta Diócesis y a continuación añadía: *"Mis primeras palabras quiero que sean como la síntesis de mis augurios de hoy y de siempre: "Que el Dios de la esperanza los llene de alegría y de paz en la fe, para que la esperanza sobreabunde en ustedes por obra del Espíritu Santo" (Rm. 15, 13). Les deseo de corazón estas tres cosas: paz, alegría, esperanza. Se las deseo a todos ustedes que ya "son mi alegría y mi corona" (Flp 4, 1)"*.

El Señor nos ha colmado de alegría porque su fiel servidor, el Cardenal Eduardo Francisco Pironio fue beatificado el pasado 16 de diciembre, en el Santuario Mariano de Luján, el lugar más querido por él, donde también está enterrado.

Alegrémonos, pues, de tener en el Cielo a un hijo de esta tierra argentina y de contar con un nuevo intercesor ante Dios. Al tomar posesión de esta Catedral el nuevo Beato decía: *"Sólo me interesa Cristo, la Iglesia, el hombre. Mejor todavía: Cristo que, en su Iglesia, salva integralmente al hombre". "Paz, Alegría, Esperanza. Es mi saludo y mi oración. Se lo deseo a ustedes con sinceridad y lo pido al Señor con toda mi alma. Paz verdadera que supone la justicia. Alegría imperturbable que supone la fecundidad del amor. Esperanza firme y creadora, que supone seguridad y compromiso"*.

Deseo en esta reflexión compartir con ustedes algunas frases del nuevo Beato, comenzando por una breve nota en la que destaca la importancia de estar presentes:

“Ser presencia, Señor, es decirle a los demás que estamos cerca...es sufrir con el que sufre...Es reír con el que ríe y alegrarse del gozo del hermano porque ama. Es vivir la tensión del desconcierto en una Iglesia que, porque crece, cambia. Es abrirse a los “signos de los tiempos” manteniéndose fiel a tu Palabra”.

El pensamiento del Cardenal queda bien expresado en estas palabras, que ponen de relieve cómo el cristiano es una persona que vive para los demás, que se identifica con las dificultades de sus hermanos y hermanas y nunca les abandona ni les deja solos. Todas estas frases ponen de relieve el valor de una virtud que el Cardenal vivía profundamente: la esperanza. De la certeza de tener al Señor a su lado, nacía en él la esperanza, que le permitía asumir las cargas y los problemas de sus hermanos. Por desgracia, sabemos lo limitada que es la naturaleza humana y ciertamente no se pueden resolver los problemas del mundo sólo con la voluntad, pero cada uno puede ejercitar esta virtud estando presente. Cuando una persona está enferma, necesitada, no tiene trabajo, está sola y no tiene a nadie en quien confiar, es entonces cuando la presencia del cristiano se vuelve crucial.

Estar presente significa vivir al lado de los demás con la mirada puesta en Cristo. Significa transmitir a los que sufren y a los que están en tribulación la certeza de que el amor de Dios es infinito. Expresa también la sólida convicción de que todo lo que pueda suceder en esta tierra no escapa a la Providencia divina, que deja libre al hombre, pero es capaz de sacar el bien incluso del mal que el hombre provoca con sus acciones y pasiones incontroladas.

Ser presencia es para el nuevo Beato una misión, es hacerse todo a todos con espíritu evangélico, nunca pasar al lado de alguien con indiferencia y cerrazón. Debemos sintonizar con la sencilla oración de San Francisco de Asís, que pedía: “Oh Señor, haz de mí un instrumento de tu paz: Donde haya odio, déjame llevar el amor,

Donde haya ofensa, déjame llevar el perdón, Donde haya discordia, déjame llevar la unión”.

Se trata de vivir siguiendo a Cristo y aprender de Él a ser instrumento de misericordia para los demás, como lo han sido los santos de todas las épocas y latitudes, haciendo suyo el espíritu de San Vicente de Paúl: “Ayúdame a no pasar junto a los necesitados con mirada indiferente, corazón cerrado y el paso apurado”.

El Cardenal Pironio, además de invitarnos a vivir el Evangelio junto al prójimo, miraba a la realidad más amplia que es la Iglesia, que se adapta para anunciar el Evangelio en un mundo cambiante, ciertamente con tensiones e impulsos que forman parte de su historia. Sabemos que comunicar el Evangelio es la tarea fundamental de la Iglesia, para transformar el corazón de los creyentes y compartir este don con todos los hombres. El anuncio del Evangelio va acompañado de la acción del Espíritu Santo, que actúa a pesar de nuestros testimonios opacos y a través de nuestra cooperación, que requiere una estrecha conformación con Cristo, siguiendo su estilo. Por tanto, es necesario interrogarnos sobre el hoy de Dios, para pasar después a poner de relieve las tareas y prioridades pastorales, cultivando ante todo tanto la escucha de la cultura de nuestro tiempo, para discernir sobre la *“la semilla del Verbo”*, como la certeza de la trascendencia del Evangelio, no vinculado a lo contingente, a una época y a una cultura, hecho que constituye la paradoja de la experiencia cristiana.

El nuevo Beato señaló el camino para inculturar el Evangelio y discernir los signos de los tiempos, en una sociedad marcada por el odio, la guerra, la violencia y el egoísmo. El Cardenal escribió: *“Cuando pasan ciertas cosas, en la Iglesia y en el mundo, es lógico que nos preocupemos y suframos. Al menos nosotros no las habíamos vivido así tan agudamente y nos parece absurdo que sucedan después de veinte siglos de cristianismo. Parece incluso como si la misma vida de los cristianos fuera perdiendo su eficacia*

evangélica y dejara de ser «sal de la tierra y luz del mundo» (Mt 5,13-16). Los hombres se matan entre hermanos. Abundan los secuestros y las muertes, los odios, la persecución y la violencia. Todo esto engendra miedo y desconfianza, angustia, tristeza y pesimismo. ¿Por qué suceden estas cosas? ¿No habrá alguien que pueda arrancarnos de la tentación de la violencia y de la paralizante sensación de miedo?».

Palabras de gran relevancia, porque el Beato vivió aquí en Mar del Plata situaciones como las descritas y situaciones de gran actualidad en nuestros días. El conocía bien el corazón del hombre, donde se encuentran el bien y el mal. La historia no ha enseñado nada a la humanidad, parecía decir el Cardenal, porque se repiten todos los acontecimientos dramáticos y tristes que causan dolor y muerte de inocentes, de pueblos enteros. Pues bien, Pironio ofreció una salida, indicó una esperanza que podría cambiar estas situaciones que sólo conducen a la destrucción de la humanidad: vivir en unión con Cristo.

Entonces, nada ni nadie podrá separarnos de su amor, como escribió el Apóstol Pablo y como señaló el Beato: *“Cuando todo parece que se quiebra –en el interior de la Iglesia o en el corazón de la historia–, surgen para el mundo la alegría y la esperanza. La esperanza cristiana nace de lo inevitable y providencialmente absurdo de la cruz”.* Incluso cuando todo parece ir en contra de la dirección deseada, nos sostiene la seguridad de que Dios está a nuestro lado, caminando con nosotros, compartiendo nuestro camino. Esto lo entendió muy bien Pironio, que subrayaba: *“La esperanza cristiana es activa y exige paciencia y fortaleza. Sólo los pobres –los desposeídos y desnudos, los desprovistos según el mundo, pero totalmente asegurados en el Dios que no falla– pueden esperar de veras. Los tiempos nuestros, en la Iglesia y en el mundo, son muy difíciles. Por eso mismo son bien evangélicos”.* No temamos, nuestras vidas son preciosas a los ojos de Dios y Él intervendrá en nuestro favor en el

momento oportuno.

Es lo que deseaba el Cardenal Pironio para la Iglesia Particular de Mar del Plata, que él llamaba la "Iglesia de la Pascua". *"Junto con todos los cristianos -decía el Beato- que profesan la misma fe en el Resucitado Señor de la historia y se apoyan en la inquebrantable solidez de un mismo Espíritu cuyos frutos interiores son: 'caridad, alegría, paz' (Ga 5, 22). Junto con todos los hombres de buena voluntad -en cuyo interior está también plantada 'la semilla del verbo' (AG 11) y que buscan al Señor 'con sincero corazón' (Anáfora IV)- que se asocian a nosotros para instalar la paz por los caminos de la justicia, sembrar la alegría por la sinceridad del amor, comunicar la esperanza por la confianza en el hombre y la fidelidad a una misión recibida"*.

Hermanos, nos acercamos a la solemnidad de la Navidad, en la que la liturgia nos invita a la alegría y la esperanza. Así describe Isaías, en la oscuridad dolorosa de los tiempos difíciles, la venida de Cristo, que es la Luz, la Paz, la Alianza. *«Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado... Se llamará 'Príncipe de la Paz'» (Is 9,5). "Jesucristo – escribía el Beato - vino para anunciarnos la paz: «porque Cristo es nuestra Paz... Él vino a proclamar la Buena Noticia de la paz, paz para ustedes que estaban lejos, paz también para los que estaban cerca» (Ef 2,14-18). Vino, sobre todo, para traernos la paz como fruto de su Pascua: «Os dejo la paz, os doy mi paz, pero no como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni tengáis miedo» (Jn 14,27). La paz que nos trae Cristo es siempre fruto de una cruz. Cristo «pacifica por la sangre de su cruz» (Col 1,20)"*.

Pero lo imposible para el hombre se hace posible en Dios. Esta es la gran fe que animaba al Cardenal, no perder nunca la esperanza y la confianza en el futuro, porque todo está en manos de Dios y de su misericordia. Sin esta certeza inquebrantable, toda la fe del cristiano sería vana. Por eso, al acercarnos a la Navidad, fiesta de la

luz y de la alegría por el nacimiento del Salvador, confiemos al Cardenal Pironio nuestras intenciones personales y las de la comunidad, incluida la de la paz en el mundo.

Que la Virgen de Luján, Patrona de Argentina, de la que el nuevo Beato era hijo devoto, les bendiga y proteja, y que el Cardenal Pironio interceda por nosotros.